

VAL, Juan Antonio del: *El inconformismo de la juventud*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1971. 175 págs.

Conocer las causas permite diagnosticar y aplicar los remedios. Pararnos cómodamente en la contemplación, crítica o lamento de los efectos sin querer remontarnos a la investigación de sus causas no nos daría nunca un conocimiento cabal de un hecho. Y el inconformismo de la juventud es tan patente como fenómeno mundial, tan presente a veces en acciones grupales de agresividad, que denuncia los fallos de algo o de muchas cosas, acaso de nuestro mundo civilizado. Y esta denuncia juvenil—en la que los estudiantes ofrecen índices más altos—será positiva si por su dosificación cuantitativa y cualitativa nos obligase a todos—jóvenes y adultos—a una revisión dinámica y realista de toda la estructura social. Pero será paralizante si por su radicalismo rompiera la continuidad de la vida, pretendiera empezar la historia humana a partir de cero o condujera a la situación confusa del nihilismo.

El libro que presentamos, cuyo autor, obispo auxiliar de Sevilla, es buen conocedor de los problemas de la juventud actual (ya en su obra *Introducción a la Pastoral*, Madrid, 1967, se había ocupado de la juventud), es una exposición de las vertientes positivas de los movimientos contestatarios de los jóvenes de hoy; una reflexión «sobre la índole y génesis de la discrepancia juvenil, sobre los cauces de adaptación de los jóvenes al mundo civilizado, sobre el valor revisionista y límites del transformismo de la juventud actual». Y todo ello referido principalmente a España, en donde distingue el autor las generaciones de jóvenes que hacen historia: los de quince a treinta años, e incluso de treinta a cuarenta y cinco; estas generaciones de jóvenes «construyen y tratan de imponer sus vigencias o interpretaciones de la vida». Y las vigencias de estas generaciones jóvenes—como toda vigencia—se ejercen desde la sociedad y a través de la sociedad. Y además es inevitable contar con ellas.

Para este análisis de las vertientes del inconformismo de la juventud, el autor divide el libro en varios capítulos, en los que va exponiendo «lo que quieren los jóvenes con sus vigencias» y la «reflexión crítica» que cada una de estas vigencias sugiere al autor, en cuya exposición es netamente objetivo al recoger lo que tienen de positivo y en lo que cree tienen razón, y haciendo también aquellas recomendaciones que, conocidas las causas, pueden aportar el remedio a los males denunciados o a las aspiraciones atendibles.

Habla, en primer lugar, de «lo que quieren los jóvenes con sus vigencias inconformistas», lo cual puede inscribirse, según el autor, en un inconformismo menor—que es el de la mayor parte de los jóvenes españoles—y un inconformismo desorbitado y anómalo que sólo parte y conduce al nihilismo.

Los jóvenes con sus vigencias inconformistas «quieren protestar contra la construcción de la sociedad técnica actual», quieren «avisarnos de las dimensiones subvertidas de nuestra cultura», quieren «interpelarnos sobre el desfase de estructuras e instituciones», manifestarnos «el orgullo propio de quien descubre y estrena historia» y «expresar su vigor adolescente».

Como puntos de reflexión, afirma el autor que los jóvenes actuales «deben ser aceptados, comprendidos y amados—como son—por los adultos». Desde esa base ineludible hay que partir. Debe, asimismo, reconocerse por los adultos «el lado positivo de las vigencias de los jóvenes» (lo que éstas tienen de interés humano, de valoración de dignidad del hombre, de mensaje vital, eficaz, honrado y de valor comunitario) y responder dentro de esta problemática, sinceramente, lealmente, a sus acusaciones reales. Ha de «tomarse conciencia del mutuo enriquecimiento que acompañaría al contacto vital y apertura entre las generaciones adultas y jóvenes», enterándose a fondo de las formas en que debe ser ejercida la autoridad, lo cual comprende «la capacidad para el diálogo y su praxis». O dialogan las generaciones adultas y jóvenes—dice el autor—o brota un desdoblamiento radical, escisión profunda, ambivalencia «esquizofrenóide» de la sociedad con la simultánea copresencia—más o menos—de pensamientos, juicios, sentimientos y tendencias contradictorias y disociadas y consiguiente masificación angustiosa del desarrollo histórico de esta hora (pág. 38).

Pero no es tan fácil el diálogo ni todos tienen «capacidad para dialogar». No pueden dialogar «los adultos que hayan caído en una actitud cerradamente inmovilista» ni «los jóvenes con inconformismo desorbitado, anómalo» (que el autor reconoce que son minoría en España). Por el contrario, «pueden y deben dialogar» los adultos con apertura de la mente elemental y los jóvenes (mayoría en España) con talante menor de inconformismo. Y el diálogo entre generaciones crea la sociedad futura, síntesis cristiana, responsable y trascendente, sociedad más pluralista y comunitaria a la vez, más socializada y libre.

Pero, por otra parte, los jóvenes—cuando ya hay que cederles el paso por haber llegado su hora—deben insertarse en el mundo por una *evolución*: no se puede partir de cero. No se puede destruir todo por la *revolución*. No se puede romper abruptamente con las otras generaciones, sería romper la unidad para imponer por la fuerza un monopolio inadmisibles de la verdad. Por ahí anda la tentación de la violencia.

El inconformismo anómalo de la juventud puede tener, según el autor, entre otras, las siguientes expresiones: uso y secuelas de drogas estupefacientes que obnubilan la conciencia; reacciones turbulentas primitivas y encolerizadas sin sentido o razón obvia (incendios, daños en establecimientos industriales o comerciales, demoler señalizaciones, molestar a transeúntes y tantas otras que nos son bien conocidas a todos, en todas las latitudes, en estos últimos años); vida intensa en agresividad como fuerza vital; prisas raras e injustificadas; acción por la acción; superficialidad generalizada; grupos extravagantes (indumentaria, música, etcétera).

Sobre este inconformismo anómalo y desorbitado de ciertos grupos de jóvenes, minoritarios en España, el autor ha hecho una interesante encuesta entre casi unos cuarenta psiquiatras, a los que ha sometido estas dos preguntas: génesis de los fenómenos anómalos de la juventud y orientación—terapia—de dichos fenómenos. La complejidad del fenómeno hace pensar—al pretender explicarlo—en factores psicológicos, económico-

sociales, familiares, de vacío y subversión de valores, culturales, etc., y así lo hacen los profesionales consultados. Y las terapias de dichos fenómenos son también psicodinámicas, de adecuación a la verdadera escala de valores, socio-económicas, familiares y culturales.

Lo que quieren los jóvenes con sus exigencias concretas sobre vida laboral, familiar, religiosa, cívico-social y vida de expansión, sugieren al autor algunas reflexiones que analiza y expone documentadamente. El talante concreto de los jóvenes—dice—es un poderoso instrumento que debe ponerse al servicio de una existencia eficaz y un rápido ascenso masivo.

Hoy más que nunca hacen falta los científicos, los expertos, los técnicos con voluntad e ímpetu. Hace falta un concreto estar y actuar en el mundo. Pero el pensar concreto «no puede hacerse sinónimo del pensar materialista, monodimensional. Es preciso sostener en los jóvenes el interés por las ciencias del espíritu, ya que de lo contrario se produciría un desfase entre aquéllas y las fuerzas de la naturaleza». Por otra parte, el científico, el experto, el técnico, «deben ser iluminados, inspirados y también impulsados por las ideas básicas sobre el hombre y sus dimensiones totales». Este es el gran fallo y lo que suelen olvidar esos mismos que critican la sociedad materialista actual: la formación integral del hombre y sus «dimensiones totales». Critican duramente una sociedad de consumo para dejarse querer del bienestar material que les suministra y aprovecharse de sus ventajas indudables (sabido es que se hace este reproche, y muy justificadamente, a los dirigentes de esos grupos «protestatarios», por ejemplo, a Marcuse).

Por lo que se refiere a lo que quieren los jóvenes con sus vigencias biológicas, éstas «tienen de positivo la nota de irrupción vital, alegre, en la estructura social española por parte de nuestros jóvenes», y esta irrupción nos descubre algunos perfiles suyos: la marea vital y dinámica que se expresa por la euforia que sienten los jóvenes por la velocidad con modos tumultuosos de vida. Esta expresión dinámica de la juventud—como vigencia suya—«forma parte de la aceleración de la historia en que vivimos». Y ciertamente nos parece exacta esta apreciación del autor, ya que el hombre de hoy anda disparado, y esa velocidad y euforia de la acción humana tiene, a veces, aspectos de evasión, vértigo, huída, y en casos extremos presenta notas de síndrome delirante. Pero los jóvenes que viven esta vigencia de un modo normal—no estridente ni disparado—«han dicho sí a la vida, a la alegría y a todo lo positivo que ella presenta». Lo que pasa es que esta juventud de ahora no coincide siempre en sus proyectos concretos con los de los adultos.

Claro que, además de estos jóvenes con vigencia biológica positiva, «se dan otros jóvenes que viven su vigencia biológica en planos más desenfocados, que irrumpen en la vida con detonaciones y escándalos selváticos y animales». Contra estas vigencias biológicas desenfrenadas arremete en sus reflexiones críticas el autor con unas atinadas observaciones sobre los aspectos positivos del amor (que no es erotismo ni pornografía), del ocio (que no es ociosidad ni vagancia), del deporte ordenado (sin desorbitar su valor tantas veces encomiado) si ha de servir para fomentar

un espíritu fuerte y unas virtudes de convivencia y compañerismo sano.

Lo que quieren los jóvenes con sus vigencias socializantes es una aspiración a una mayor «participación» en todos los aspectos sociales. Y esta vigencia positiva de la juventud encuentra hoy su expresión y expansión en el fenómeno de nuestro tiempo, la socialización. Pero la socialización tiene, no obstante, sus riesgos (ya previstos por Pío XII y reiterados por Juan XXIII en la *Mater et Magistra*) de despersonalización y de masificación, y, aunque este riesgo no es sólo de la juventud, «el joven de la actual masa se encuentra en una orientación receptiva y mercantilizada, es dependiente de las planificaciones e inseguro». Y todo esto le hace gastar mucho de su energía en el intento de compensar su inseguridad y su ansiedad.

Son muy interesantes las reflexiones que hace el autor sobre estas vigencias socializantes de los jóvenes. Es precisa—dice—una «síntesis de libertad y socialización», de libertad y autoridad, de orden y de justicia social, lo que «exige una fundamental educación de todas las generaciones». Los jóvenes «han de ser educados ordenadamente en la libertad y aspectos sociales que exige el cristianismo, pues ha de salvarse la libertad en el futuro de los regímenes más o menos socializantes» (pág. 119). Han de ser educados en la libertad (amplia, pero siempre limitada) y en la socialización (asociaciones que no despersonalicen al hombre). Como medio adecuado y concreto a estos fines de educación y formación, «la Encíclica *Populorum Progressio* debe hacerse pensamiento y acción de los jóvenes si quieren vivir la síntesis futura de libertad y socialización».

Los jóvenes con sus vigencias universalistas giran sensiblemente hacia los temas relacionados con la integración de naciones, sobre todo europeas. Estas vigencias de la juventud tienen proyección internacional, tienden a horizontes cada vez más vastos. El espíritu fraternal, de pueblos hermanos, en la estimativa de la juventud tiende hacia una universalidad pluralista, aunque a veces presentada con expresiones utópicas.

Sólo reflexiones positivas le merecen al autor estas vigencias universalistas, que encuentran en el precepto cristiano del amor la más certera expresión. No esa vacía y hueca «paz universal» o «pacifismo» a toda costa, aun a trueque de los más respetables valores superiores, ni esa «fraternidad» laica que une en la discordia, la «protesta» y la «revolución» para atentar contra la libertad y los derechos de los demás, que también quieren y tienen derecho a la libertad bulliciosamente propugnada. Coexistencia, convivencia y verdadera fraternidad en el amor es el itinerario ascendente en que debe terminar y la meta a que deben aspirar esas vigencias universalistas de la juventud.

Por último, las vigencias religiosas de los jóvenes conocidas por numerosas encuestas y «manifiestos» de la juventud, piden a los jóvenes una fe «que se encarne en las realidades de la vida», una mayor eficacia social de la Iglesia («en estas peticiones se olvida, tal vez, de la eficacia evangelizadora de la Iglesia»); piden sacerdotes presentes en sus realidades y no sólo hombres de culto. En una palabra, los jóvenes piden una proyección concreta de la religión en la vida y reclaman también una pastoral de juventud dentro de una pastoral de conjunto. La vigencia

concreta de los jóvenes proyectada hacia la religión pide hechos religiosos y compromisos.

Pero si los jóvenes quieren una religión sin abstracciones pietistas y pretenden su compromiso con la historia y con el mundo, es preciso e ineludible que ni ellos ni sus educadores partan de cero, sino que en la comunidad educativa, a la hora de impartir una educación y formación religiosa, cuenten los padres de familia, los educadores, la Iglesia y la sociedad. Y que la relación educador-educando promueva el desarrollo de la personalidad de éste ayudándole a que sea él mismo quien construya su propia personalidad.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

VALLET DE GOYTISOLO, Juan: *Ideología, praxis y mito de la tecnocracia*. Escelicer. Madrid, 1971. 160 págs.

Es corriente contraponer tecnocracia e ideologías como un dilema dialéctico, como términos antagónicos, que nuestro tiempo ha de superar, optando por la tecnocracia. Se habla de las ideologías y de su «ocaso» sin pensar, a veces, que aquello por lo que se las sustituye es otra ideología más.

Vallet de Goytisoló, doctísimo hombre de Derecho y buen filósofo jurídico-político, atento constantemente a los grandes problemas político-sociales de la actualidad, a los que viene dedicando en una feliz profusión notables publicaciones, se propone en este libro examinar si esa contraposición y el dilema planteado «pueden resistir algunas sencillas reflexiones». Para ello empieza el autor por precisar los conceptos o términos contrapuestos, de ideología y tecnocracia.

Al lado de conceptos subjetivos y psicosociológicos de la ideología (opiniones, deseos) contrapuestos al ontológico, aparece un concepto objetivo que se halla al relacionar el término «ideología» con el de «idea», de la que deriva. Y aquí, como método de estudio, el nominalismo y el realismo de todos los tiempos se dividen; el primero que, en su negación de los universales, califica de ideología a toda forma elevada de pensamiento y a toda idea religiosa, mientras que el realismo moderado entiende por ideologías los pretendidos intentos de construir el mundo partiendo de ideas intuitas que, por deducción racional, se quieren aplicar a la construcción de la ciudad humana. Califican otros de ideologías a todos aquellos modos de pensar que se opongan o no obedezcan a su *praxis*, aunque con ésta—como puntualiza críticamente el autor—«lo que impulsen y desarrollen por todos los medios es el logro de una meta que es puramente idealista».

Tres son, pues, según V. de G., los conceptos de lo que son las ideologías: uno *amplísimo* que abarca toda concepción económica, política o social que admita ideas universales, aunque éstas sean inducidas de la realidad o conocidas por la «Revelación». Otro cuerpo es el *estricto*, que «tan sólo califica así a aquellas concepciones del mundo fundadas en ideas intuitas, en puras construcciones mentales, sin que importe al res-